

La pérdida del objeto. Historiografía literaria e historias de la literatura en Colombia¹

Germán Patiño

I

Aunque en Colombia existe una tradición de estudios históricos que tratan sobre la literatura y, de hecho, uno de los primeros esfuerzos latinoamericanos en esta perspectiva se produjo en Santafé de Bogotá durante el siglo XIX², décadas antes de que un trabajo similar surgiera en Argentina, es un hecho que la historiografía literaria del país se encuentra apenas en sus inicios. El abundante material de historias literarias, biografías de autores, antologías, manuales, etc., no ha recibido la atención que se merece y apenas en fechas recientes han surgido ensayos que comienzan a dar cuenta de aquella materia prima.³

Para evitar confusiones, entenderemos por historiografía el análisis de las historias escritas, un tipo de narración que trata de dar cuenta de la manera como los historiadores abordan sus objetos de estudio, las concepciones de las que parten, los problemas que tratan de resolver y los métodos que utilizan. Como lo afirmó Germán Colmenares (1986: xxv) “...empieza a tomar cuerpo una reflexión sobre el lenguaje de las obras históricas. Esto hace parte de la historia de los trabajos históricos o, para abreviar, de la historiografía”. Desde esta perspectiva, una historiografía literaria de Colombia sería el producto de la reflexión sobre las diversas historias de la literatura que se han escrito en el país, al menos desde hace cerca de siglo y medio. La historiografía no se ocupa de la historia de un autor, o de un género, o de la propia literatura: esta es la

¹ Este ensayo es producto de una investigación que realiza el autor sobre la historia de la cultura colombiana.

² Se trata de *Historia de la Literatura en Nueva Granada*, de José María Vergara y Vergara. Existe una buena edición de la Biblioteca del Banco Popular, Bogotá: 1974.

³ Ver, por ejemplo, *Lectura crítica de las historias literarias colombianas* de Augusto Escobar Mesa, en: *Poligramas* 19, Cali: Univalle 2003. También Pöppel, Hubert, *La historia de la literatura: provocación y reto*, ibidem., y Acosta, Carmen Elisa, *La historia de la literatura: reflexiones sobre el devenir de la palabra y el tiempo*, en: *Literatura – Teoría, Historia, Crítica*- No 3, Bogotá: U. Nacional 2001.

tarea del historiador literario.⁴ La historiografía trata con un *corpus* de escritos históricos, por lo que siempre tiene el carácter de estudio comparado.⁵

Esta disciplina reciente entre nosotros que, de acuerdo con Jorge Orlando Melo (1996:25), está asociada a la importancia creciente de los estudios históricos en las universidades, a la difusión de categorías de análisis de origen marxista, a la rápida recepción de aportes de estudiosos extranjeros “poseedores de una preparación metodológica, o por lo menos técnica, más rigurosa que la habitual en el país”, y también, no siendo menos importante, a la conformación de un conglomerado de lectores urbanos con formación académica superior, que exige reinterpretaciones del pasado en “términos más acordes con la visión que tienen de si mismos”. Esta constante reinterpretación de los textos desde la perspectiva del presente constituye, precisamente, una de las características esenciales de las nuevas maneras de abordar los estudios históricos y la forma en que se haga será materia que interese a la historiografía.

El propio Melo escribirá uno de los primeros balances historiográficos en 1969, con el título de *Los estudios históricos en Colombia: situación actual y tendencias predominantes*, en el que divide en tres grandes periodos los resultados de la investigación histórica. El primero, que corresponde al descubrimiento y conquista del territorio y que “parece detenerse, para las historias generales del Nuevo Reino, a mediados del siglo XVII”. Para Melo estas historias adoptan la forma de crónicas, realizadas primero por testigos de los acontecimientos que relatan y luego por historiadores que apelan a documentos oficiales, a crónicas anteriores y a recolección de testimonios de ancianos. Aunque no lo afirma, parece apreciarlas más como narraciones literarias en las que, pese a su preocupación apologética, sorprende “la amplitud de la mirada con la que trataron de captar la realidad a la que se enfrentaban”, tal vez “Por la misma falta de rigurosa preparación científica y cristalización de una forma aceptada de escribir historia” (1996:16).

Luego encuentra un largo vacío en el que los escritos “constituyen siempre fuentes primarias en sentido estricto: son relatos de viajeros, informes oficiales, descripciones contemporáneas de conjunto” (ibíd.). Solo después de la guerra de independencia volverán los estudios históricos, con lo que se abre el período que denomina como “historia tradicional”. Las obras de esta segunda etapa, la más prolongada desde el punto de vista conceptual y aún estilístico, tanto por su duración como por la abundancia de textos, es a la que Melo le dedica un análisis historiográfico propiamente dicho. Examina, en especial, la *Historia de la Revolución en la República de Colombia* de José Manuel Restrepo, el

⁴ O de los grupos interdisciplinarios de investigadores si el propósito es vasto. Una historia de la literatura colombiana, escrita desde la óptica contemporánea, requiere de la colaboración de varias áreas del conocimiento.

⁵ Aunque también se denomina como historiografía a ese mismo *corpus*.

Compendio histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada en el siglo decimosexto de Joaquín Acosta y la *Historia Eclesiástica y Civil de la Nueva Granada* de José Manuel Groot. Destaca cómo la *Historia de la Revolución* de Restrepo se convirtió en el modelo básico para la elaboración de historias nacionales hasta mediados del siglo XX⁶ y cómo es el libro que redujo “la evolución histórica colombiana a la sucesión de luchas militares y de actividades políticas: los problemas del dominio del Estado y las realizaciones gubernamentales coparon la atención de la mayoría de los investigadores posteriores a Restrepo” (ibíd. 17).

Los libros de Restrepo, Acosta y Groot son asumidos por Melo como el núcleo de una manera de escribir historia, y una especie de cárcel historiográfica que obligará a varias generaciones a constantes reelaboraciones posteriores haciendo uso de los mismos temas y de los mismos conceptos. Resulta importante la manera en que Melo evalúa el papel de las instituciones —Iglesia, centros educativos, Academias de Historia— en la consagración de estas obras de historia nacional. Se configurará un concepto de historia, compartido por muchos sectores sociales que “conciben la historia como un conocimiento de eficacia moralizante y ejemplar, cuya función principal es despertar, en lectores y estudiosos, sentimientos patrióticos y de reverencia hacia el pasado y hacia las figuras a las cuales puede atribuirse mayor influencia en la conformación de las instituciones básicas del país” (ibíd. 22).

La definición de lo históricamente significativo no tiene mucha importancia más que desde una postura ideológica o política, por lo que la investigación estará guiada por preceptos morales y nacionalistas que sobrevaluarán episodios o incidentes propicios, con el fin de exaltar virtudes ejemplares propias de “grandes hombres”. La necesidad, en muchos casos, de glorificar a miembros de la propia familia del historiador dará como resultado una visión clasista, en virtud de que el reducido sector ilustrado de la sociedad se confunde, en la época, con las élites.⁷ Melo considera que el énfasis puesto en las historias políticas y militares facilitan el trabajo del aficionado, lo mismo que las biografías, porque “permiten una organización del material en apariencia suficiente mediante la simple elaboración de secuencias cronológicas”⁸ (ibíd., 23). En resumen, esta

⁶ De hecho su influjo aún continúa, especialmente en las llamadas Academias de Historia. Pero también, de acuerdo con Alfonso Múnera (1998: 13), los mitos fundacionales de la nación fijados por Restrepo “ciento sesenta y un años después, algunos de ellos, quizás los más sustanciales, siguen vigentes”.

⁷ Bartolomé Mitre, por ejemplo, historiador y presidente argentino, de acuerdo con Colmenares (1986: 57) “no construía una historia independiente de sus propios deseos o de sus personales proyectos políticos. El relato y la interpretación se injertaban en la propia biografía del mandatario...”.

⁸ Apreciación discutible porque este tipo de secuencias provienen de una concepción de la labor historiográfica y no del tema o género histórico.

historia tradicional reduce su tarea a seleccionar, de una realidad que se supone “tiene existencia independiente del investigador”, aquellos materiales que se presumen apropiados, escogidos con criterios ideológicos o políticos, para luego exponerlos en orden cronológico, concluyendo con “juicios patrióticos o moralistas”.

II

Antes de abordar el tercer período, en el que Melo considera se está elaborando una nueva historia, es necesario examinar cómo se aprecia esta perspectiva desde la historiografía literaria. Augusto Escobar Mesa (2003: 75—91) estudia con un enfoque crítico una serie de historias de la literatura colombiana, deteniéndose en aquellas que le parecen más relevantes. Pero en su punto de partida da un paso atrás: “Partimos de la convicción que nuestra literatura es importante gracias a García Márquez y a que él se nutrió indefectiblemente de los que le precedieron”(ibíd.: 76), nos dice, con lo que cae en una visión causalista de la historia, al mismo tiempo que relativiza la importancia de otros autores en relación con su propio contexto histórico y cultural. Por el contrario, García Márquez considera que quienes le precedieron en Colombia poco o nada lo nutrieron.⁹ Diversos análisis muestran que es más tributario de la novela estadounidense, e incluso de la mejicana y centroamericana del siglo XX, que de la novelística del país. Asimismo, novelas como *María* y *La Vorágine* encontraron un sitio en el canon hispanoamericano, antes de la publicación de *Cien años de soledad*, en virtud de su propia significación, tanto literaria como social.

Escobar centra su mirada en cuatro textos: *Historia de la Literatura en la Nueva Granada* de José María Vergara y Vergara (1867), *Historia de la literatura colombiana* de Antonio Gómez Restrepo (1918), *Literatura colombiana. Sinopsis y comentarios de autores representativos* de José A. Núñez Segura (1952) y los tres ensayos de María Teresa Cristina, Eduardo Camacho Guizado y Rafael Gutiérrez Girardot publicados en el *Manual de Historia de Colombia* (1978—1980). Aunque menciona y evalúa otros textos representativos, deja por fuera de sus consideraciones el volumen VI de la *Nueva Historia de Colombia* (1989) que, en buena parte, está dedicado a la historia de la literatura, y cuyos textos sería significativo compararlos con los escritos del *Manual*.

A diferencia de Melo, la historiografía de Escobar es pobre en análisis comparativo y no permite apreciar puntos de inflexión o de ruptura en las maneras de escribir la historia literaria colombiana. De la *Historia* de Vergara y

⁹ Ver “La literatura colombiana, un fraude a la nación”, escrito por García Márquez, *Acción Liberal*, Bogotá, octubre 9 de 1959.

Vergara dice que “combina varios métodos... procede primero dividiendo el texto por géneros literarios, luego utiliza un sistema rigurosamente cronológico y finalmente, aunque con menos rigor, el sistema estético— histórico. De manera interna, brinda una información biográfica de cada autor y de sus obras y después emite un juicio crítico, luego contextualiza la obra del escritor en el medio cultural vigente” (ibíd.: 78). Pero esta apreciación es una descripción del contenido y no un análisis historiográfico. De la misma manera, se aproxima a la *Historia* de Gómez Restrepo aceptándole superioridad frente al trabajo de Vergara y Vergara por “el conocimiento que tiene de los métodos de trabajo de la historiografía europea”, sin decirnos de cuáles se trata y cómo contribuyeron a un enfoque diferente de la historia colombiana en 1918. Luego precisa que este autor “A la manera del arqueólogo, va buscando piezas claves, autores y obras conocidas, poco conocidas e ignoradas y levanta, con solvencia académica, mapas culturales por épocas, regiones, generaciones —todo ello inserto en las corrientes de la cultura universal” (ibíd.). Otra descripción que, aunque Escobar lo ignore, permite insertar la obra de Gómez Restrepo en el período de la “historia tradicional” relacionado en el ensayo historiográfico de Melo. Esa forma de historiar que consiste en recoger piezas y fragmentos para armar rompecabezas recibió el siguiente comentario irónico de Lucien Febvre: “Vosotros recopiláis los hechos. Para eso acudís a los archivos, almacenes de hechos. Basta agacharse para cosecharlos. En cestas llenas. Los echáis sobre vuestra mesa. Hacéis lo que hacen los niños cuando juegan divertidos con los “cubos” reconstruyendo la figura que se ha trazado para ellos... La torre está construida ya, ya se ha hecho historia. ¿Qué mas queréis?” (1971: 287).

Más adelante Escobar confirma esta apreciación al relacionarnos los historiadores europeos que inspiraron a Gómez Restrepo: Saint—Beuve, Hypolite Taine, Ticknor, Ferdinand Brunetiere, Georg Brandes. En otras palabras, algunos representantes de las escuelas de historia decimonónica europea, entre los cuales tan solo Taine aún tiene algo que decirnos, no tanto por sus estudios históricos, sino por su muy influyente tratado *De la inteligencia* (1870), que constituye una obra clásica de la psicología experimental. En sentido contrario, Escobar subvalora *La literatura de Colombia* de Javier Arango Ferrer (1940), a pesar de aceptar que “la virtud de Arango es la de que, sin seguir el marco estrecho de lo cronológico ni generacional, reconstruye una historia literaria congruente históricamente —pudiendo ir de atrás hacia delante o viceversa o mezclando períodos para observar un fenómeno afín— a través de grandes y medianos hitos con breves pero acertados plumazos... Novedoso resulta también haber comenzado su trabajo por los ensayistas que han pensado el país desde diversas perspectivas de la cultura...” (ibíd.: 80). No alcanza Escobar a comprender que una obra con este enfoque significa un escape de la cárcel historiográfica de las historias unilineales y cronológicas, y que, por lo tanto,

demanda un análisis más detallado. La despacha en forma ligera: “A pesar de la importancia del texto de Arango, no supera el de Gómez por tener el carácter de síntesis derivado de un compromiso editorial” (ibíd. 80).¹⁰

La historiografía literaria de Escobar resulta confusa. No encuentra diferencias de fondo en los conceptos y métodos que guían la elaboración de las diferentes historias de la literatura colombiana. Podría afirmarse que no hace un análisis historiográfico. Por eso, luego de criticar algunos textos menores (en realidad agrupa estudios importantes como los trabajos de María Mercedes Jaramillo, Betty Osorio y Angela Robledo,¹¹ con manuales didácticos para nivel medio como el *Manual de literatura Colombiana* de Fernando Ayala Poveda —1988—, otra muestra intrascendente de historia tradicional) concluye que “Contraria a estas historias, unas cuantas como la de Vergara y Vergara, Gómez Restrepo, Arango Ferrer y el *Manual*¹² proponen una visión crítica y comprehensiva” (ibíd.: 87). Pero, ¿qué tienen que ver las historias de Vergara y Vergara, y Gómez Restrepo, aprisionadas en la cárcel historiográfica del siglo XIX,¹³ con la propuesta revisionista de Arango Ferrer y con la perspectiva novedosa y contemporánea de varios autores del *Manual*? ¿Y qué significa una “historia comprehensiva?”

El problema de este intento de historiografía literaria de Augusto Escobar es la ausencia de formación histórica en el autor. De allí su desconocimiento de las diferencias entre narración histórica y narración historiográfica. Por eso mismo no percibe los abismos que separan a un Vergara y Vergara, o a un Gómez Restrepo, de Rafael Gutiérrez Girardot cuando trata sobre los problemas de una historia social de la literatura latinoamericana (1986), o de Germán Colmenares, cuando éste estudia las historias de la independencia en América Latina como narraciones literarias (1986). Pese a que el ensayo de Escobar se escribe más de 30 años después del texto de Melo citado, resulta muy inferior como trabajo historiográfico.¹⁴ Confirma la idea de Darío Henao de que la elaboración de una historia contemporánea de la literatura colombiana requiere de equipos interdisciplinarios (2003: 112). Y el concepto de historia

¹⁰ De hecho, Arango escribió con más detalle sobre el tema en la *Historia Extensa de Colombia*, volumen XIX.

¹¹ Se trata de *Literatura y diferencia. Escritoras colombianas del siglo XX* (1995) y *Literatura y cultura. Narrativa colombiana del siglo XX* (2000).

¹² Se refiere al *Manual de literatura colombiana* (1988), un esfuerzo colectivo de críticos académicos editado por Planeta y Procultura.

¹³ A medias, porque Vergara y Vergara no se propone una historia nacionalista de la literatura.

¹⁴ Aún teniendo en cuenta que el ensayo de Melo se escribió antes de que su autor hubiese asimilado nuevas propuestas para el estudio de la historia, en particular las que se desprenden de la escuela de Marc Bloch, Lucien Febvre y Fernand Braudel.

comprehensiva, lo mismo que el propósito de “convertir las historias literarias en historias de la cultura”¹⁵ (Escobar ibíd.: 88) hacen temer por el resultado final del anunciado trabajo de Héctor Orjuela, en el que Escobar funda sus esperanzas para que llene “el vacío en la crítica de las letras nacionales” (ibíd.).

III

De lo publicado hasta ahora por Orjuela se deduce que su obra será un aporte “en la labor de rescate de obras y autores desconocidos y olvidados” (2002: 7) como él mismo nos lo dice, en razón de su apego a una de las virtudes del mejor positivismo propio de la historiografía decimonónica: el carácter exhaustivo de la investigación en las fuentes y el rigor crítico para su manejo. Pero esto no basta. De allí se desprenden las historias que pretenden abarcarlo todo, que siempre comienzan por unos supuestos orígenes y que transcurren paso a paso y de fecha en fecha. Orjuela lo confirma al afirmar que “Al escribir estas líneas, ya prácticamente se ha terminado la investigación para el ciclo colonial y se avanzan estudios de la primera etapa republicana...” (ibíd.) y, en otro volumen, cuando escribe que “En el presente tomo, el segundo que se dedica a la época colonial, se considera un período de 80 años en el que actúan las generaciones de 1638 y 1650...” (1992: 7). Estamos entonces, ante otra historia de la literatura, más completa, más “comprehensiva”, pero que igual permanece en la prisión historiográfica del siglo XIX. Orígenes indígenas, sucesión cronológica de acontecimientos literarios, algunos picos, períodos de análisis definidos por la historia política y militar (prehispánico, descubrimiento y conquista, colonia, Independencia, etc.), fechas de significación que definen aquella periodización, clasificación por generaciones y una narración de la historia pensada desde el pasado, jamás desde la perspectiva contemporánea.

Orjuela manifiesta la misma limitación de Escobar: su desconocimiento de la teoría y métodos de la historia. Basta con leer la bibliografía de los trabajos de uno y de otro para confirmarlo. Son casi inexistentes las referencias a las autoridades en la materia. Ellos no comprenden que la historia moderna exige una pregunta diferente: ¿Por qué? ¿Por qué surgió esto o aquello? ¿Por qué esta novela tiene significación literaria y aquella no? ¿Por qué *Casa Grande y Senzala* abre una perspectiva para la historia literaria del ensayo en la América Hispana?

¹⁵ Existe una gran diferencia entre las historias de la literatura y las historias de la cultura. Para comprenderlo con un sentido práctico ver el libro de Robert M. Crunden, *Introducción a la historia de la cultura norteamericana* (1994), que al ser, en realidad, una historia de la literatura estadounidense, desde la perspectiva de aquellos textos que causaron más impacto social y político, excluye de la cultura norteamericana a mujeres, afroamericanos, nativos americanos, minorías de inmigrantes e incluso grandes masas rurales y urbanas de bajo nivel educativo.

¿Por qué puede hablarse de una *Literatura de la Violencia* en Colombia? ¿Por qué es importante José María Vargas Vila en una historia de la literatura latinoamericana? ¿O por qué no lo es? Y otra, aún más decisiva: ¿Desde qué perspectiva? Cuando narro una historia ¿lo hago desde el pasado? ¿Desde el momento en que ocurrieron los hechos de los cuales me ocupo? Bien sabemos que no. Se trata de una imposibilidad de la conciencia. Cada individuo se aproxima al pasado con la perspectiva de su presente, con los principios, valores sociales, conocimientos y preocupaciones de su época, y por eso no se enfrenta a la totalidad de hechos de la historia, sino que escoge entre ellos, selecciona, interviene en la masa de documentación a su alcance, para dar respuesta al problema que le preocupa. ¿Para qué la historia? Para buscar respuesta a las preocupaciones del presente.¹⁶ No para conocer el pasado, que es incommensurable, ni para vislumbrar el futuro, que es inexplicable. De otra manera nos condenaríamos al duermevela incesante de *Funes, el memorioso*. Es lo que, de alguna manera, quiso hacer la historia tradicional con sus pretensiones de exhaustividad.

Desde otro extremo, y también por la falta de formación histórica, María Mercedes Jaramillo, Betty Osorio y Angela Robledo (2000), aunque comprenden que la historia debe partir del presente, olvidan que el punto de partida tiene el carácter de hipótesis, y que sólo la investigación y análisis del material seleccionado puede confirmar o invalidar los conceptos que se tratan de probar. Al igual que Orjuela y Escobar, la bibliografía de su *Estudio preliminar* (ibíd.: 11—85) resulta una comprobación de esta deficiencia. A las autoras lo que les interesa demostrar es que existe una literatura posmoderna en Colombia pues se proponen “desentrañar los cruces socioculturales originados por la oposición y entrelazamiento de lo tradicional, lo moderno y lo posmoderno, de lo culto y lo popular y de la oralidad y la escritura, que se han desarrollado a lo largo del siglo XX en Colombia, junto con sus manifestaciones en la producción literaria” (ibíd.: 11). En este párrafo, aparte de la compulsión por “desentrañarlo” todo, resulta discutible la idea de posmodernidad, que se da por sentada, sin que exista siquiera la carga de la prueba. Es una actitud tan dogmática como la que daba por aceptada la idea del progreso por parte de la vertiente kantiana de la Ilustración¹⁷ que fue adoptada sin crítica por sus sucesores. También, como se verá luego, el indagarse primero desde una perspectiva extraliteraria.

¹⁶A algunas, aquellas por las que preguntamos, y solo porque el estudio de la historia ayuda a un mejor conocimiento de la condición humana. Ver al respecto *Idea de la Historia* de Collingwood, R.G., Fondo de Cultura Económica, 1986. También Kahler, Erich, *¿Qué es la historia?* Fondo de Cultura Económica, 1988.

¹⁷ La narrativa que se ocupa del tema de la postmodernidad es abundante y trata el asunto desde múltiples perspectivas. Desde el punto de vista de la literatura resultan importantes *La condición postmoderna* de Lyotard, J.F. (Méjico 1990), *¿What is postmodernism?* de Jenks, C. (Londres 1986), *El discurso filosófico de la modernidad* de

Esto último conduce a las autoras a despreocuparse del carácter vacilante de cualquier hipótesis, llevándolas al extremo de clasificar a José Eustacio Rivera y su novela *La Vorágine*, siguiendo a Sommer (1987), como una narración “que no logra separarse de la tradición de los romances decimonónicos de construcción nacional” (ibíd.: 24). Y confirman esta apreciación “por el hecho de que Arturo Cova desprecie a los indígenas y esclavos porque lo enfrentan al mestizaje... y que se avergüence de su relación ilegítima con Alicia” (ibíd.), con lo que caen en una lectura prejuiciada del texto, olvidando su carácter literario.¹⁸ Es tanto como asegurar el carácter de “romance decimonónico” de *Trópico de Cáncer* porque su personaje principal desprecia a los negros y trata a las mujeres como seres inferiores. Lo uno no se deriva de lo otro.

Como tampoco resulta una conclusión lógica insertar las producciones del denominado realismo mágico en la categoría de literatura “post—realista”, aceptando sin reflexión las afirmaciones de Carlos Rincón (1996), en virtud de que se “rebasan las convenciones del realismo” y se critica los “procesos racionalizadores, industrialistas, burocratizantes, cumplidos en nombre de la nación” (2000: 57), pues aquellos rebasamientos constituyen parte inseparable de la mimesis literaria, y estas críticas se encuadran con precisión en la experiencia moderna. Jitrik (2003: 3) aclara, en la presentación de un libro sobre Onetti escrito por Roberto Ferro (2003), cómo una característica del realismo moderno consiste en que “se pasa de la apariencia de un proyecto descriptivo inicial a la construcción de un universo imaginario en el cual las cosas parecen más reales que las que describían lo real”. Y para Berman “ser modernos es vivir una vida de paradojas y contradicciones. Es estar dominados por las inmensas organizaciones burocráticas que tienen el poder de controlar, y a menudo de destruir, las comunidades, los valores, las vidas, y sin embargo, no vacilar en nuestra determinación de enfrentarnos a tales fuerzas, de luchar para cambiar el mundo y hacerlo nuestro” (1988: XI).

¿Por qué Jaramillo et al. (op. cit.), que han sido reflexivas al adoptar la perspectiva del presente para realizar su antología de textos se aferran de tal manera a su hipótesis? Tanto porque no comprenden la naturaleza hipotética del punto de partida como porque éste consiste en “desentrañar” la ocurrencia

Habermas, J. (Madrid 1989), *Todo lo sólido se desvanece en el aire* de Berman, Marshall (Bogotá 1991), *Mal-estar na modernidade* de Rouanet, Sergio P. (Sao Paulo, 1993) y *Contra el postmodernismo* de Callinicos, Alex (Bogotá 1993).

¹⁸ En contraposición, y también desde una visión moderna que tiene en cuenta tanto la significación social como literaria de la novela, Cedomil Goic y Malva E. Filer, realizan sendos análisis que se ocupan de los múltiples significados del texto de Rivera y de la complejidad del carácter de Arturo Cova, no reducibles al concepto prejuiciado de Jaramillo et al. Ver *La Vorágine: Textos críticos* en la compilación de Montserrat Ordóñez (Bogotá 1987). Asimismo, desde la hermenéutica, un muy buen estudio de esta novela y la significación de Cova en *El viajero y la memoria* de Fabio Martínez (2000).

de fenómenos extraliterarios para luego explicar “su manifestación en la literatura”. Por eso forzan el material analizado para alcanzar un argumento de autoridad, dándole a *Cien años de soledad* el distintivo de novela que rebasa la modernidad (ibíd.: 58). De la misma manera abordan ficciones como *El general en su laberinto* del mismo García Márquez y *Las cenizas del Libertador* de Cruz Kronfly, a las que consideran como narraciones postmodernas porque “ponen en cuestión temas como la referencia y la representación, la intertextualidad y las implicaciones ideológicas que entraña la escritura del pasado” (ibíd.: 61). Pero lo primero es una relación conflictiva propia de la experiencia moderna que, de acuerdo con Guillermo de Torre (1951), Huizinga situaba “en el conflicto entre el conocer y el existir. O dicho más llanamente, entre el principio intelectual y la solicitud vital” (ibíd.: 30). Lo segundo es una condición de la literatura de todas las épocas. Y lo tercero no es otra cosa que la crítica de los historiadores modernos a la narración histórica decimonónica, como se ha visto. El problema de las autoras es que por desconocer los avances de los estudios históricos e historiográficos, terminan cayendo en una desviación ideologizante a la hora de evaluar su antología.

Sin embargo, aunque Jaramillo et al. no se lo hayan propuesto, su obra permite una visión histórica de la literatura colombiana en el siglo XX, y un análisis historiográfico deberá valorar como pasos adelante la perspectiva contemporánea que adoptan ante la historia, lo mismo que su constante indagación por el **por qué** de los textos literarios, antes que por el **cómo**.

IV

Pero las limitantes al desarrollo de una historiografía literaria en Colombia no consisten tan solo en la incompreensión que muestran los literatos, de la filosofía, la teoría y los métodos de la historia. A los historiadores les cabe una alta dosis de responsabilidad. Comenzando por el propio Melo, quien entre 1969 y 1996 realizó una serie de estudios historiográficos (1996) en los que trató temas como “Los estudios históricos en Colombia: situación actual y tendencias predominantes”, “La literatura histórica en la República”, “La literatura histórica en la última década”, “La historia: las perplejidades de una disciplina consolidada”, “Colombia: perspectivas”¹⁹ y “Lo que hay que leer para conocer la historia de Colombia”. Allí se ocupa de la historia política y militar, de la económica, de la social, de la demográfica, de la relacionada con procesos de colonización, de la regional y local, del arte, de la ciencia, de la cultura, de la

¹⁹ Hay elementos de historiografía en este ensayo, en especial cuando trata de aplicar el concepto de tiempos de diferente duración que coexisten, proveniente de Braudel, aunque en realidad es más un ejercicio de prospectiva.

formación de las élites, del café y de varias decenas de materias más. Pero en esta vasta indagación no se encuentra una sola línea sobre historia de la literatura colombiana con ser que, como hemos visto, se está escribiendo historia literaria en el país con erudición y alcance general, al menos desde cuando comienzan a publicarse las historias políticas y militares de Colombia, y en clara correspondencia de concepción y época. ¿Por qué?

En primer lugar por el carácter extraño que tiene la obra literaria para el historiador. En general, él no trabaja con hechos reales, sino con distintos tipos de testimonios que dan cuenta de aquellos. No se enfrenta a la batalla de Waterloo, ni al asesinato de Lincoln, como tampoco a la colonización antioqueña del Occidente colombiano. Todo le llega mediado por el documento —escrito o factual, da lo mismo— y tamizado por el tiempo. El hecho literario le intranquiliza, pues a diferencia de los otros casos que estudia, vuelve a manifestársele tal cual fue, al menos en su aspecto más evidente. Si tiene la fortuna de contar con la primera edición de *María*, esta novela se le presentará con el mismo aspecto y con la misma calidad textual que tuvo en 1867. Desconcertado, se inclina, por lo tanto, a considerarla como fuente, como un documento más que le ayuda a comprender otros hechos sociales. En el mejor de los casos prestará atención a diversos aspectos de la novela, como su proceso de construcción, la personalidad del autor, la recepción que tiene en diferentes periodos, el contexto en el que se publica, los efectos sociales que causa, etc. Con ello renuncia a una historia de la literatura, por simple incompreensión de la naturaleza del hecho literario. En nada le ayuda, además, el enigma de la significación estética de la obra literaria. Si, como aseguró Walt Withman (1975: 111) “el hecho estético es, por esencia, inexplicable”, el historiador se encontrará con que sus teorías resultan insuficientes y sus métodos inútiles. En consecuencia los historiadores colombianos, con la sobresaliente excepción de Germán Colmenares, historiarán todo, menos la literatura.

Cuenta también el divorcio entre los estudios literarios y los históricos ocurrido desde finales del siglo XIX y buena parte del XX. Desde la publicación de *Las reglas del método sociológico* de Emile Durkheim en 1895, se acentuó un proceso de disgregación de los estudios humanísticos para dar origen al campo de las ciencias sociales, cada una de las cuales puso especial celo en la delimitación de su objeto de estudio, con el propósito de alcanzar el “especialismo” que era propio de las ciencias naturales, y que se consideraba como una de las ventajas que permitía explicar su notorio desarrollo. Obras como *Curso de lingüística general* de Ferdinand de Saussure (1916), *Psicopatología de la vida cotidiana* e *Introducción al psicoanálisis* de Sigmund Freud (1901, 1917), *Antropology and modern life* de Franz Boas (1929), *Pensamiento y lenguaje* de Lev S. Vygotsky (1934), *Estructuras elementales del parentesco* y *Antropología estructural* de Claude Lévi—Strauss (1949, 1958),

para mencionar algunos hitos, dan cuenta de esta tendencia a la parcelación que invadió el pensamiento humanístico en el siglo pasado.

Como reacción a este estado de cosas los estudios literarios se cerraron en sí mismos, dejando de lado la historicidad y la significación social de las obras literarias, pues lo uno era objeto de la historia y lo otro de la sociología. Los formalistas rusos (Jacobson, Eichenbaum y Shklovski) se restringieron a la “literariedad” de la literatura y concentraron su atención en el estudio de los “mecanismos verbales”. Las universidades se apropiaron de estos nuevos enfoques y reforzaron la tendencia separatista, acogiendo con entusiasmo aquellas escuelas a las que consideraban como guardianas de la especificidad de lo literario o textual. El new criticism norteamericano (Brooks, Crowe Ramson, Wimsatt), la fenomenología (Husserl), el estructuralismo y la semiótica (Jacobson de nuevo, Barthes, Génette), el postestructuralismo (Barthes también, Lacan, Foucault) y el deconstruccionismo (Derrida), para mencionar las más significativas, constituyeron una oleada de “especialismos” europeos y norteamericanos que invadió el pensamiento colombiano y latinoamericano,²⁰ manteniendo vigente el divorcio entre literatura e historia, entre otras separaciones.

Esta recepción acrítica del “especialismo” significó la permanencia de una tradición sumisa al pensamiento europeo que, a su vez, explicaba el origen intelectual de la historiografía romántica del siglo XIX. Gutiérrez Girardot (1986: 40), en su peculiar estilo que combina erudición, profundidad y maledicencia, apreció esta situación como el entierro de “la tradición de una conciencia americana” que equivale a la autonegación, “que va acompañada de un orgullo jactancioso que cree que lo más científico es lo más reciente” y que revela una dependencia cultural de los intelectuales latinoamericanos, la cual “demuestran no tanto al confesarse seguidores de una corriente europea como en su incapacidad de examinar críticamente las modas que veneran”. Estas calificaciones para referirse a la historiografía literaria de América Latina.

V

Por fortuna, como a cada instante lo demuestra la propia literatura, no sólo lo que es predominante existe, ni una época se restringe al estilo más popular o al institucionalmente consagrado. Alfredo Bosi (2002: 36) nos recuerda la necesidad de “identificar en los grandes textos literarios no solo la *mimesis* de

²⁰ En Brasil, por ejemplo, Bosi (2002: 26) constata cómo, desde los años 30, las “tendencias formalistas... se apoderaron de la crítica universitaria”. Colmenares (1986: XII), por su parte, ironiza de manera general, cuando escribe que “Mi propia Universidad del Valle, en Cali, ha alimentado durante años mis perplejidades al recibir y propagar casi instantáneamente los más sofisticados productos del pensamiento europeo”.

la cultura hegemónica, sino también su contrapunto que señala el momento de giro, el gesto resistente de la diferencia y la contradicción”. De hecho él lo encuentra, al analizar la producción historiográfica literaria brasilera, en varios autores como Otto María Carpeaux (1958) y Antonio Candido (1959), dos críticos e historiadores de la literatura, cuya labor intelectual se encuentra, en su momento, en contravía de las modas imperantes en el mundo académico de su país. Gutiérrez Girardot (1986), desde su esquina, llama la atención hacia un pensamiento historiográfico latinoamericano que no es tributario de “costosos derechos de aduana” y se detiene en la valoración de la obra de Pedro Henríquez Ureña (1949). Repite con el dominicano que una nueva “historia social de la literatura latinoamericana constituye una exigencia urgente” y que “cada generación debe escribir de nuevo la historia de la literatura” (1986: 49).

Desde luego, esa exigencia tiene que ver con la permanente modificación de la perspectiva. Cada presente es otro presente. La lectura actual de *María*, nos permitiría auscultar las manifestaciones de rebeldía romántica que proceden de ese texto y de otros más, posibilidad que hasta hace muy poco hubiese parecido insólita.²¹ Pero escribir una nueva historia de la literatura colombiana, que permita una visión contemporánea de ese transcurrir intelectual, que supere las limitaciones del enfoque historiográfico literario vigente aún en el país y que, además, no pague altas sumas de importación, supone prestar atención a las indicaciones principales de una serie de críticos, literatos e historiadores latinoamericanos que realizaron o están realizando, tanto una labor historiográfica renovadora como la escritura de nuevas historias de la literatura, en verdad *críticas*, y no precisamente a la manera de Héctor Orjuela (op. cit.). Resultan pertinentes, por esas mismas razones, los trabajos historiográficos del colombiano Germán Colmenares (1986) y el brasilero Alfredo Bosi (2002), lo mismo que las teorizaciones del argentino Noé Jitrik, al igual que su experiencia en la dirección de los equipos que se encuentran elaborando la *Historia crítica de la literatura argentina* (2000).

Ante todo, el primer y más importante problema a resolver, en nuestro caso, es aclarar cuál es el objeto de una historia de la literatura. Germán Colmenares (1988: 255) precisa que “no debe insistirse demasiado en apelar a una instancia extraliteraria para explicar fenómenos que ocurren en el ámbito de la literatura”, indicando así el punto de partida teórico. Coincide con Jitrik (2000) quien también coloca como centro de su historia de la literatura al “hecho literario”, junto con “los modos de entenderlo”.²² Más categórico aún, Bosi (2002: 9)

²¹ Ver Henao (2003: 101) y recordar la quema simbólica de la novela por los nadaístas, lo mismo que la solicitud para cambiar el busto de Jorge Isaacs por el de Brigitte Bardot, a comienzos de la década de 1960.

²² Parece una ampliación del objeto pero “los modos de entenderlo” caen en el ámbito de la recepción de la literatura y forman parte del hecho literario. El hecho literario no consiste exclusivamente en el texto, sólo se completa con su lectura.

rescata la idea “de un historicismo abierto, largo y profundo, que sepa fundar conceptualmente una historia de la literatura como historia de las obras literarias”. ¿Por qué algo que parece apenas evidente se vuelve asunto de primer plano para quienes se proponen historiar la literatura? Porque la historiografía les ha indicado que este problema central termina desapareciendo de esas historias, subsidiarias siempre de concepciones ideológicas, políticas o estéticas que proceden de ámbitos “extraliterarios”, como se pudo apreciar en el caso de la evaluación que de su propia antología hacen Jaramillo et al. (op.cit), o en la confusión de Augusto Escobar (op.cit.) cuando propende por una historia de la literatura colombiana como una historia de la cultura. Jitrik (2001) lo resume diciendo que “las historias de la literatura, tal como las veíamos y *las seguimos viendo*,²³ dejaban de lado la historia misma del objeto que estaban tratando, para ocuparse de otras cosas, que Alfonso Reyes llamaría axilares...”. Desde luego, si el punto de partida para cualquier historia de la literatura es el “hecho literario”, de inmediato se suscita la pregunta por la naturaleza de ese hecho peculiar, pregunta incómoda a la que se le han dado diversas respuestas, con lo que el objeto de una historia de la literatura se torna difuso y, además, se relativiza, puesto que lo que se entiende por literatura en una sociedad y época dadas puede no serlo en otras, y viceversa. Más complejo se vuelve el asunto cuando Jitrik (1998) nos sugiere distinciones de distinto grado entre escritura y literatura. Aunque evidente, no resulta, entonces, un punto de partida simple.

Su importancia se revela en un asunto tan debatido como las periodizaciones y cronologías. Cada tipo de historia crea sus propios periodos, como lo saben bien los historiógrafos. Para la historia política y militar en América Latina es notorio que las guerras de Independencia significan un momento de corte entre el periodo colonial y el republicano. Pero no sucede lo mismo para quienes se ocupan de la historia económica. En Colombia, por ejemplo, las investigaciones de Luis Eduardo Nieto Arteta (1941), revelaron que el periodo colonial se extendía hasta las reformas liberales de mitad del siglo XIX, cuando se trataba de analizar el proceso económico. Esa nueva periodización y su correspondiente cronología surgió del objeto de aquella historia y no de consideraciones extraeconómicas. Igual sucede, o mejor, debe suceder a la hora de elaborar una nueva historia de la literatura colombiana. Colmenares (1986: xxv), tratando el tema, considera que la historiografía literaria, en materia de periodización, se encaja en “el molde de los trabajos clásicos... que establecen una morfología antes que una teoría de los trabajos históricos” y afirma que “se incorpora como un fragmento de los periodos culturales que sirven para colocar en casilleros o moldes preestablecidos las obras literarias” (ibíd.: XXVI), concluyendo con la solicitud de que no se le “imponga el marco de una periodización ajena al hecho

²³ Las cursivas son mías.

estilístico”.²⁴ Bosi (2000: 33), por su parte, observa con tino como “Las temporalidades internas del régimen ficcional no coinciden... necesariamente, con el tiempo objetivo e irreversible de la economía...”, con lo que apunta a una periodización diferente para las historias de la literatura que, si procede de su objeto, podrá adquirir el carácter de subjetiva —puede iniciarse por la crítica (como Jitrik) o con la novela contemporánea de Colombia, si existen razones literarias para ello—, y reversible —con cronologías que van y vienen—. ²⁵

En Jitrik (2001) el problema de la periodización aparece desligado de la cronología. Pero solo en apariencia: cuando afirma que “el *primer* elemento crítico importante era que la cronología estaría resuelta por la historicidad contemplada²⁶, pero no siguiendo la cronología causalista en cortes por décadas, o bien, como son las principales historias de la literatura, por períodos de gobierno...”, está refiriéndose a la búsqueda de una periodización que emane del hecho literario. Más adelante, sobre el mismo asunto, aclarará que uno de los mayores esfuerzos en la redacción de la *Historia crítica de la literatura argentina* consiste en “sacarse de encima la presión de lo exterior a la literatura... porque no se quería considerar todo el desarrollo de la literatura desde una ideología de la referencialidad... obedeciendo a una teoría de la referencialidad toda la estructura se vendría abajo, es decir, se caería de nuevo en el causalismo o en el encadenamiento cronológico...” (2001). Tampoco, desde luego, desde la representatividad, que constituye una “presión” exterior si se quiere más potente, por su manifiesto origen político e ideológico.

VI

Mantener el hecho literario como centro de una historia de la literatura no solo permite acceder a herramientas adecuadas para la comprensión de la dimensión temporal, sino que responde también al interrogante por la dimensión espacial. ¿Es la nación el ámbito apropiado para las historias de la literatura en América Latina? Desde diferentes perspectivas la respuesta parece ser la misma: lo nacional resulta una delimitación de campo arbitraria, al menos en lo que respecta a nuestro sub—continente. Nada tiene que ver este sentimiento con una supuesta visión postmoderna, sino que surge de las propias obras literarias

²⁴ La reclamación por lo “estilístico” no indica un tipo de inclinación formalista. Colmenares considera al hecho literario como una unidad de significación social, significación literaria e historicidad, lo que le permite escribir una historiografía que considera a las historias de la Independencia en América Latina como narraciones literarias.

²⁵ Aunque no se trata de una historia de la literatura, Fabio Martínez (2000), desde la interpretación de las obras literarias, deriva temporalidades y espacialidades que contradicen las periodizaciones lineales y las geografías “nacionales”.

²⁶ En el hecho literario.

y hunde sus raíces en los procesos históricos del siglo XIX. Gutiérrez Giradot (1986: 49), por ejemplo, lo encuentra en Bolívar, Bello y Martí, entre otros. Desde la historiografía, Germán Colmenares (op. cit.: xxvii) muestra como el sentimiento de unidad latinoamericana era una posibilidad real, aunque remota—desde la política o la ideología— en el siglo XIX, cuando afirma que “Cada fragmento del Imperio español que, por azar o por designio o por la necesidad de ciertos factores históricos, enfrentaba un destino como nación, rechazaba obstinadamente la idea de que tuviera algo en común con los demás fragmentos... Las querellas intestinas poseían la intimidad de una historia de familia e iban jalonando los pasos de un destino irrevocable y único”.

Bosi (op. cit.: 10), desde el Brasil, explica la insistencia en lo nacional en virtud de su procedencia extraliteraria, cuando escribe que “Los románticos substituyeron el *criterio formal* de belleza del ideal clásico por el *criterio histórico*²⁷ del valor representativo de los autores y de las obras. El texto fue valorado por su capacidad de representar los caracteres que se suponían propios de la sociedad que los generó... El historicismo nacionalista es una creación romántica, y en su germen contiene al historicismo sociológico que el siglo XX heredó del positivismo y del evolucionismo”. En otras palabras, que la idea de las “historias nacionales” de la literatura poco tenían que ver con las obras literarias mismas, y mucho con la mentalidad predominante de las élites latinoamericanas. Escribir las historias de la literatura era una tarea en la que la delimitación del ámbito patrio resultaba esencial, no por razones provenientes de las narraciones analizadas, sino por la impostergable necesidad “romántica” de construir la nación. Así las historias de la literatura iban de la mano con la historia política y militar, o mejor, se subordinaban a ella, pues el fin patriótico era el objetivo de aquellos textos. El nacionalismo ocultaba, además, el predominio de los grupos privilegiados pues “La formación del Brasil Nación—Estado, realizada por obra de una clase privilegiada, la burguesía latifundista de un sistema agroexportador y esclavista, fue el carro—guía que rigió los proyectos de constituir una cultura nacional, una lengua nacional, una literatura nacional, un arte nacional, etc.” (Bosi, op. cit.: 12).

Paradójicamente, Noé Jitrik se encuentra elaborando una historia de la literatura argentina, a pesar de su escepticismo frente a la idea de lo nacional. En un artículo (2000) nos dice, al hacer el balance historiográfico para el caso de la literatura de su país, que “el conjunto llamado ‘literatura argentina’ es provinciano, no dialoga horizontalmente con las ‘literaturas mayores’ e, incluso, al responder a la idea de ‘argentina’, se recluye en un campo perimido, como si le estuviéramos adjudicando por capricho atributos que no corresponden...”. No se trata, entonces de un cambio de postura, pues este artículo lo escribió

²⁷ Cursivas del autor.

para dar cuenta de la aparición de los dos primeros volúmenes de la *Historia Crítica de la Literatura Argentina*. Es bien conocida su censura a los nacionalismos latinoamericanos. En la presentación de libro de Roberto Ferro (2003: 2), por ejemplo, plantea que “Es un libro sobre Juan Carlos Onetti, un escritor supuestamente uruguayo. Digo ‘escritor uruguayo’ y empiezo de inmediato a temblar. ¿Uruguayo? ¿De qué uruguayo se trata? ¿Qué clase de distinción hacemos cuando recurrimos a estos pequeñísimos indicadores de nacionalidad? El absurdo es total: lo es para todos los escritores de ambas orillas del Río de la Plata y para Onetti en particular...”. En otro escrito, anterior a su *Historia Crítica*, se burla del supuesto “carácter nacional” argentino, que fue parte de “las exigencias intelectuales del momento”, hasta el punto de que “si entre 1910 y 1960 no se lograba definir ‘lo argentino’ no valía la pena vivir”, para terminar diciendo que estos rasgos argentinos “al menos en los textos... se los veía en todas partes, aunque los hechos los negaran con la obstinación que los caracteriza” (1998: 1). Perder de vista estos “textos”, que como “hechos” negaban obstinadamente la idea de lo nacional, es precisamente el defecto que se le imputa a las historias de la literatura que no tienen a la obra literaria como su objeto central.

La idea de nación tiene historias diferentes en Europa y América Latina. Mientras en el viejo continente los procesos de diferenciación que darían origen al sentimiento nacional se miden en un tiempo de larga duración, en el cual pequeñas y continuas modificaciones a lo largo de siglos dan como resultado desigualdades significativas en lenguas, religiones y costumbres, en el nuevo continente la etapa de la colonización se terminó relativamente pronto con las rebeliones criollas contra el Imperio español y la idea de nación irrumpe, proveniente del pensamiento europeo, en comunidades relativamente homogéneas. La construcción de los Estados—Nación europeos tenía como fundamento la concepción de unidad nacional, en pueblos que se sentían identificados como producto de los prolongados procesos de diferenciación. Lo que en Europa tenía sentido en América Latina configuraría un retroceso. Gutiérrez Girardot (op. cit.: 15) teniendo en cuenta esta diferencia, valora positivamente las historias nacionales de la literatura de Gervasio—*Historia de la literatura nacional de los alemanes* (1835—1842)— y de Francesco de Sanctis—*Historia de la literatura italiana* (1870—1871)— pero censura a los “herederos” latinoamericanos de Menéndez y Pelayo, quien, en concepto de Gutiérrez tampoco comprendió el sentido subyacente en esas historias de las dos naciones europeas. Dice que cada uno de los discípulos latinoamericanos de Menéndez y Pelayo “adoptó su óptica miope y, consiguientemente, en vez de traducir la ‘idea de la unidad’ peninsular a la de una ‘unidad continental’ y potenciarla políticamente con los postulados de Bolívar y Martí, prefirió encerrarse en los límites geográficos y administrativos virreinales y creer que

dentro de ellos también dominaba esa nebulosidad llamada ‘estilo’ o ‘ingenio’ peculiares... De allí provienen la ‘argentinidad’, la ‘colombianidad’, la ‘peruanidad’, la ‘mexicanidad’, es decir, esos monumentos vagos y muy frecuentemente cursis con que se ha elevado a sí misma la miopía de la reacción política para encubrir no pocas veces su visceral beatería xenofílica y a la vez xenófoba...”.

De su examen historiográfico Gutiérrez Girardot saca dos conclusiones en lo que respecta a la definición del ámbito de las historias de la literatura: 1) Que “El defecto de la historiografía literaria que podría llamarse ‘tradicional’ no es propio y exclusivo de la historiografía literaria hispánica, sino la consecuencia del nacionalismo que subyace a sus propósitos” (op. cit.: 17); y, 2) que “Estas historias nacionales ‘nacionalistas’ constituyen un género peculiar... No tienen que ver con la historia, porque reducen el acontecer histórico a la cronología escueta. Y no tienen que ver con la literatura porque la valoración de lo que para dichas historias merece tal nombre, es extra—literaria, es decir, considera a la literatura como pretexto de algo vago y general...” (ibíd.: 21). Y más adelante hace énfasis en la segunda conclusión: “...aunque estas historias nacionales nacionalistas aseguren que pretenden poner de relieve a la literatura como ‘función’ de la sociedad, su examen mostrará que ellas son testimonio de la función que un determinado estrato dio a la literatura”. Todo este alegato termina con una estimulante diatriba: “Los ‘Estados nacionales’ hispanoamericanos constituyen la legalización solemne de los intereses de las parroquias de las llamadas ‘altas clases’, y las historias literarias nacionales no son otra cosa que el intento de legitimar sentimentalmente esta cursi legalización” (ibíd.: 22).

El consenso es general, así el punto de partida, “una historia de la literatura que tenga como objeto a las obras literarias”, no sea aceptado por la totalidad de quienes se ocupan de la historiografía literaria.²⁸ Y debe hablarse de consenso, porque si bien Colmenares, Bosi y Jitrik, con la ayuda de Gutiérrez Girardot, insisten en considerar al hecho literario como centro, sin postular una autonomía estética de lo literario, y desde esa postura definen temporalidades y espacialidades de la narración histórica, difieren en los énfasis, en especial Colmenares, para quien el estudioso contemporáneo no debe perder de vista que se encuentra “pensando en otros problemas y que, frente a éstos, los planteados por la historiografía tradicional... pierden su propio sentido” (op. cit.: XIV). De allí que encuentre como excesiva la crítica, formulada en su mayor parte por académicos norteamericanos, contra la historiografía tradicional hispanoamericana, pues cree ver en esos excesos mas bien una requisitoria

²⁸ Ver, a manera de ejemplo, Coutinho F., Eduardo, *Literatura Comparada en América Latina –Ensayos–*, Cali, 2003. En particular Reescribiendo América Latina: hacia una nueva historiografía literaria en América Latina. También Jaramillo et al. (Op. cit.) para quiénes la superación de la idea de nación es una consecuencia del pensamiento postmoderno.

contra los intereses y las dobleces morales de las élites dirigentes de estos países. Para Colmenares, antes que las descalificaciones fáciles, realizadas a casi 200 años de distancia, la tarea del investigador consiste en tener en cuenta que “si dicha historiografía debe verse en sí misma como un problema, más vale preguntarse por las condiciones intelectuales específicas en que se produjo” (ibíd.: XV). Por eso si bien hoy es concebible, e incluso necesaria, una historia integral de la literatura hispanoamericana, esa posibilidad era no sólo remota en el siglo XIX, sino imposible.

VII

Si las anteriores consideraciones resultan pertinentes, ¿no será caer en los mismos conceptos que se critican el proponerse una nueva *Historia de la Literatura Colombiana*? Más aún, cuando un reciente y muy bien razonado — y hasta ahora no cuestionado — libro de Alfonso Múnera (1998) trae como título una frase que más parece un manifiesto: *El fracaso de la nación*. Ya no se trata de la crítica a la idea de la nación, sino a la nación misma. Lo que se pone en duda, además con demolidores razonamientos, es la existencia de una entidad denominada nación colombiana. Pues bien, si es así, ¿qué sentido, por fuera de la ironía, tiene el historiar la literatura de una entelequia? Con más precisión: ¿existe esa literatura?

Gracias al aspecto dramático de este interrogante, obtuvo una respuesta igual de dramática: *la literatura colombiana es un fraude a la nación* (García Márquez, 1959). Es decir, no existe, puesto que constituye un engaño. Pero, en realidad, la pregunta no se refiere tanto a la literatura como al gentilicio que la acompaña, por lo que la respuesta de García Márquez, pese a su contundencia, se dirige a otro blanco. Es más una reclamación por el canon, y por la ausencia en él de textos colombianos —con un par de excepciones— que una afirmación que ponga en duda el ser de la producción literaria por la que se inquiere. Respuestas más certeras vienen de atrás y conforman una tradición de pensamiento, ajeno a las ideas de postmodernidad, que clarifica el ámbito en el que debe historiarse una determinada literatura. En nuestro caso debe traerse a cuento la negación de Baldomero Sanín Cano (1976) en su ensayo “De lo exótico”, quien no reconoce carácter nacional a ningún tipo de literatura. En tono irónico se pregunta si es posible, en alguna parte, hacer una “obra nacional, genuina, libre de mácula extranjera” (op. cit.: 18), si “¿Acaso el hacer obra nacional consiste en difundir en ella las cualidades con que esa nación se ha distinguido de las otras del globo?”, para contestar que aquello es “ridículo” puesto que la cualidades nacionales “no son más que una bella ilusión antropomórfica” (ibíd.). Increpa al pensamiento decimonónico escribiendo que “El que los más viejos reclamen el honor de conservar la tradición nacional es

fácil averiguar de dónde arranca. Es una ilusión que ellos mismo hicieron por crear, y que ahora respetan como si estuviera fuera de ellos. Las cualidades que recomendaron a los comienzos de su carrera, que tal vez entonces no les parecían tan raizales y castizas, después de estar veinte años propagándolas, ya empiezan a encontrarlas cosa genuinamente nacional” (ibíd. 20).

Desde otra perspectiva, Hernando Téllez, Eduardo Caballero Calderón y Hernando Valencia Goelkel, en la colectánea sobre ensayistas del país realizada por Jorge Eliécer Ruiz y J. Gustavo Cobo—Borda (1976), al reflexionar sobre la novela, aprecian la producción colombiana como inseparable de la latinoamericana y censuran el daño que los nacionalismos han causado en nuestro desarrollo novelístico.²⁹ Estos ensayistas pertenecen a una corriente tributaria del pensamiento ilustrado con fuerte arraigo en la América Hispana. Defendiendo un punto de vista similar, Gutiérrez Girardot (1976: 357—371) se detiene en la obra de Pedro Henríquez Ureña para resaltar su contribución a la idea de la unidad literaria latinoamericana en escritos como *La Utopía de América* (1925) y, en especial *Las corrientes literarias en la América hispana* (1949). Interpretando a Henríquez Ureña, Gutiérrez Girardot (op. cit.: 367—368) encuentra que tanto el formalismo como el nacionalismo imposibilitaron la tarea de historiar la literatura como un conjunto integrado en la América Hispana. En su opinión “la estilística rechazó todo elemento histórico y desplazó así a un plano calificado de anticientífico todo lo que no era análisis estilístico”, con lo que aquello “que debía ser ciencia auxiliar de la historiografía literaria, se convirtió en ciencia absoluta” y, además, encuentra que “la función atomizadora de la estilística respondía a tendencias histórico—políticas: a los nacionalismos recalcitrantes y de múltiple y compleja estructura... También en este caso se invirtieron los términos: las historias nacionales de la literatura, que deben ser material previo, se convirtieron en el primer y casi único objeto de la historiografía literaria”.

Con estas reflexiones, y otras más desde igual y diferentes ópticas,³⁰ parece

²⁹ Con especial énfasis en Valencia Goelkel, no sólo en cuanto al nacionalismo, sino a la producción novelística puesta al servicio de ideologías. Ver op. cit., página 286.

³⁰ De acuerdo con la revisión historiográfica de Gutiérrez Girardot deben mencionarse a Alfonso Reyes en *Letras de la Nueva España* (1948), José Toribio Medina en *La imprenta en la América Española* (1891-1912), José María Argüedas en *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928) y José Luis Romero en *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* (1976). También, en las perspectiva actual, Carlos Monsiváis en *Aires de familia* (2000), Eduardo Coutinho en *Literatura Comparada en América latina* (2003) y los esfuerzos por una historia integrada de la literatura centroamericana de Jeffrey Browitt en “Literatura nacional y el ocaso del discurso de la nación-estado en Centroamérica”, y Franz Galich en “Prolegómenos para una Historia de las Literaturas Centroamericanas”, publicados en www.denison.edu/collaborations/istmo/vlnl/articulos/prolego.html. Para nutrida información relacionada ir a www.google.com, “historiografía literaria” y, más abundante aún —hasta el abrumamiento—, “literary historiography”, en el mismo motor de búsqueda.

despejarse el camino hacia la comprensión del ámbito apropiado para nuestras historias literarias. Pero sólo en apariencia, pues en realidad lo que se postula es la existencia de varios caminos: 1) Historiar la literatura en el marco de las divisiones político—administrativas vigentes, es decir, por países, y considerar cada historia como “material previo” de una historia hispanoamericana integrada; 2) Asumir la existencia de bloques de países que configuran espacios geográficos y culturales con delimitaciones aproximadas (Centroamérica, Antillas hispanorlantes, zonas de fuerte tradición prehispánica —México por un lado y, por el otro el bloque conformado por Ecuador, Perú y Bolivia—, Brasil, el Cono Sur —Chile, Argentina, Uruguay y Paraguay—, y el área de la antigua Grancolombia sin Ecuador), e historiar sus literaturas, también como “material previo” o parte de una historia literaria de la América Hispana; 3) Abordar, sin más mediaciones, una nueva historia de la literatura hispanoamericana que considere al sub—continente como una unidad; y, 4) Trabajar por regiones culturales delimitadas, que abarcan territorios de uno o más países, basándose en las indicaciones de los propios textos analizados y en clasificaciones preliminares procedentes de los estudios culturales (región de las tierras bajas del Pacífico colombiano y ecuatoriano, región amazónica, región andina de influencia incaica, región Caribe continental e isleña, etc.), también como paso previo de una historia literaria de América Latina. El primero es el camino adoptado por Jitrik, el segundo surge de propuestas planteadas en Centroamérica (Galich 2001, Browitt 2001), el tercero es la perspectiva de Ana Pizarro (1993—1995)³¹ y el cuarto es una idea que se suscita de los ensayos de Coutinho (2003: 49) y Henao (2003: 113).

El eclecticismo es negativo, no porque exista un sólo camino, sino porque ante la realidad de varios, la única manera de llegar al fin propuesto consiste en decidirse por alguno. Es imposible transitar por todos los caminos al mismo tiempo. Habrá, entonces, que escoger, en el marco de la literatura colombiana, para prestar nuestra contribución al propósito general de elaborar una historia integral de las letras hispanoamericanas.

VIII

La idea rectora de estas reflexiones, “una historia de la literatura como historia de los objetos literarios”, supone también la delimitación del campo de estudio. Si entendemos al hecho literario como un complejo de significaciones en el que interactúan lo social, lo literario y la historicidad, estaremos obligados a obedecer a los límites propios de aquellas significaciones. Como sugiere Pöppel (2003: 54) una novela no es el 9 de abril de 1948, así sea capaz de

³¹ Se trata de *América Latina: palavra, literatura e cultura*. Sao Paulo: Universidad de Campinas, 1993, 1994 y 1995.

provocar reacciones sociales. Tampoco es lenguaje en general, sino, al menos, lenguaje escrito.³² Y su significación histórica difiere de manera esencial del 9 de abril: existe de nuevo en cualquier presente con toda su materialidad literaria, suscitando siempre diversas recepciones.

De acuerdo con el mismo Pöppel “...son cosas muy distintas analizar una estatua, un pictograma, canciones en lengua indígena, ritmos caribeños de la tradición africana, textos diversos de archivos o textos que tradicionalmente han contado como literatura; de estas expresiones se ocupan investigadores y estrategias investigativas tan diferentes que nadie podría abordarlas simultáneamente con competencia” (ibíd.: 65). En realidad, negarse a la delimitación del campo de estudio hace imposible “una historia de la literatura como historia del objeto literario”, y permite el ingreso, de contrabando, de aquellos prejuicios “extraliterarios” responsables de las historias tradicionales causalistas, unilineales, puestas al servicio de propósitos políticos o, como sucede con quienes tributan a la “postmodernidad”, ceden a la presión de la representatividad y el relativismo cultural, por lo que terminan analizándolo todo, menos la literatura.. Por eso en su ensayo “La historia de la literatura: provocación y reto” (2003: 65), recomienda “...ser muy sinceros: nosotros, como investigadores de la literatura que queremos establecer una historia de la literatura, tenemos la obligación de declararnos competentes para cierto tipo de literatura o texto o estrategia discursiva, y hasta ese punto va nuestro corpus o nuevo canon”.³³

Además, porque si restringidos incluso a la escritura, todo lo escrito se considera como literatura, entonces la historia escrita se convertiría también en objeto de las historias de la literatura, con lo que no sólo desaparecería la historiografía literaria, sino también, por sustracción de materia, las distinciones y relaciones entre historia y ficción, o más ampliamente, historia y literatura. De manera que lo literario habrá de ser apenas parte de lo escrito, así lo que se considere como literario cambie de acuerdo con épocas y mentalidades. De lo contrario aún la crítica literaria se quedaría sin objeto, disolviéndose en el análisis del discurso, que ya es un campo de la socio—lingüística suficientemente vasto y complejo.³⁴ En otras palabras, el resultado de las

³² Para mejor comprensión de las diferencias profundas entre narración oral y escrita, ver Vigotsky, L.S., *Pensamiento y lenguaje* (1982: 229-232). También Londoño V., M. V. y Patiño, Germán, *Golondrinas en cielos rotos –Lenguaje y educación en las narraciones infantiles–* (2001: 23-25).

³³ El trabajo interdisciplinario, que es la solución a las dificultades de competencia, constituye una colaboración entre disciplinas delimitadas. No debe confundirse con *transdisciplinariedad* que lleva a la disolución de unas en otras. Ver, por ejemplo, “La verdad sospechosa” de Diógenes Fajardo, en *Literatura –Teoría, Historia, Crítica–* op. cit. (121).

³⁴ Para mayor comprensión ver el texto clásico de Labov, W., *Language in the inner city* (1968). También, como una buena introducción, Gee, J.P., “A linguistic approach to narrative”, *Journal of Narrative and Life History* (1991).

ampliaciones ilimitadas de los campos de estudio, que se encuentran *a la mode*, no resultan en el enriquecimiento de las disciplinas que los indagan, sino que, por el contrario, las empobrecen hasta la extinción.

Insistamos en las diferencias e influencias entre historia y literatura, puesto que ellas refuerzan la idea de la necesaria delimitación de lo literario. Colmenares (1997: 90), siguiendo a Northrop Frye (*Fables of Identity*, 1963) traza una línea divisoria entre literatura e historia, señalando que la última no incorpora al mito, como forma básica de la trama, al menos en la experiencia moderna. También, por cuanto “Las obras literarias no se reducen a ser tratadas como meras fuentes sino que reclaman recurrencias en lo intemporal. Este extrañamiento de la historia se deriva para la literatura, y especialmente para la poesía, de una concepción metafísica según la cual la palabra tiende permanentemente (e inútilmente) a la reconstitución del ser” (ibíd.). Para Colmenares, además, en lo que constituye una distinción central “Las formas literarias se alimentan de su propia tradición y no provienen de la vida. Estas tradiciones incluyen arquetipos y estructuras míticas fundamentales... Por debajo de la carnadura de referentes histórico—temporales, el conflicto trágico siempre estará referido a un ascenso y a una caída. Las obras históricas no pretenden abarcar ese aspecto cósmico implícito en toda obra literaria” (ibíd.). No sobra señalar, adicionalmente, que la idea del “clímax narrativo” (Labov, 1968: 353—396) está implícita en toda construcción literaria y no constituye, necesariamente, elemento de la narración histórica. Por último, la historia tiene pretensión de objetividad, mientras que la literatura pertenece al campo de la subjetividad. Martínez (2000: 73) sostiene que “la ficción literaria no está interesada en ser descriptiva ni convertirse en ‘efecto de lo real’ sino en crear un mundo simbólico”. Y Vargas Llosa (2002: 20), a su manera, realiza esta distinción cuando escribe “¿Qué diferencia hay, entonces, entre una ficción, un reportaje periodístico y un libro de historia?... La respuesta es: se trata de sistemas opuestos de aproximación a lo real... la noción de verdad o mentira funciona de manera distinta en cada caso. Para el periodismo o la historia la verdad depende del cotejo entre lo escrito y la realidad que lo inspira... la verdad de la novela no depende de eso... Porque ‘decir la verdad’ para una novela significa hacer vivir al lector una ilusión...”.

En general, cuando se habla de historia no se hace referencia a la sucesión caótica y real de los hechos, que es la materia de la que se ocupa *Funes, el memorioso*, sino a los escritos que seleccionan los testimonios de algunos entre aquellos acontecimientos, los ordenan de acuerdo con determinada teoría y métodos, y los presentan como un texto sin pretensiones literarias que aspira a dar respuesta a un determinado problema. No trata tampoco de la experiencia vivida por el historiador, sino de sucesos de un pasado relativamente remoto, del que no se tiene memoria personal. Por ello historia y literatura se nutren en forma mutua, sin confundirse. La una es fuente de la otra y viceversa. La historia

puede tomar a la literatura como su objeto y ésta a aquella como su tema. La historia se relaciona inseparablemente de la literatura como crítica, al indagar por las condiciones que permiten la producción de la obra literaria, las reacciones que suscita su recepción en diferentes épocas y sociedades, e incluso al preguntarse por las comunicaciones intertextuales en prolongados periodos de tiempo. De otra parte, sigue siendo cierta la afirmación de Dilthey (1978: 323) sobre “la extraordinaria importancia de la literatura para nuestra comprensión de la vida espiritual y de la historia, porque sólo en el lenguaje encuentra su expresión completa, exhaustiva y objetivamente comprensible, la interioridad humana”.

Literatura e historia son entonces términos diferentes, indisolublemente ligados en una ecuación que tiene como resultado una mejor comprensión de la condición humana, por lo que “una historia de la literatura que tenga como objeto a la obra literaria” no solo es posible, sino también necesaria.

IX

Si el estado de nuestra historiografía literaria es incipiente, si la historia de la literatura colombiana que se encuentra elaborando Héctor Orjuela no supera la cárcel historiográfica del siglo XIX, si el concepto de nación se aprecia, desde todas las perspectivas, como inadecuado, si, en fin, el problema de la periodización y cronología de la historia de la literatura colombiana por hacer, es en el mejor de los casos, confuso, ¿qué sentido tiene preguntarse por un canon de la novelística, el ensayo o la poesía colombianas?

Todo canon es tradición que permanece. Bloom (1995: 22) lo explica en virtud de una “voluntad de figuración” de la literatura, que procede de ella misma y que tiene su verdadero origen en la lucha entre textos literarios.³⁵ Desde luego, se trata de un enfrentamiento entre autores, que supone para el triunfador el conocimiento del canon que pretende subvertir. De allí que se imponga: para aceptarlo, subvertirlo (entrar en él) o para destruirlo, siempre es necesaria la comprensión a fondo de las obras que lo integran y de aquellas que, pese a su “voluntad” no alcanzaron la “figuración”. Como es usual, Pedro Henríquez Ureña (1949: 130) tuvo algo que decir al respecto, con la lucidez y claridad que lo caracterizó: “El movimiento romántico adquirió fisonomía propia en la América hispánica. Antes que nada, en su ruptura con todo el bagaje de reglas neoclásicas, nuestros románticos intentaron realmente deshacerse de todo canon... Nuestros poetas creyeron simplemente que se habían emancipado

³⁵ Un magnífico análisis de tema en el ensayo de David Jiménez, Harold Bloom: la controversia sobre el canon. En: *Literatura -Teoría, Historia, Crítica-*, No 3, Bogotá: Universidad Nacional, 2001.

de la ‘imitación de los modelos’... y que el campo de sus temas se había ensanchado, lo mismo que su vocabulario y su repertorio de formas métricas”, con lo que se perdieron del “conocimiento de todo lo que razonablemente debía conocerse”. El resultado fué que “El descuido se hizo moda, y el poeta se sintió con libertad para permitirse cualquier ‘licencia poética’ que se le viniera en gana”. Por eso mismo, con las contadas excepciones que Henríquez Ureña menciona y analiza en forma cuidadosa, “En agudo contraste con la literatura europea de pasión desatada, a la greña con la sociedad, la América hispánica produjo gran cantidad de poesía doméstica. Mucha de ella nos parece hoy algo ridícula...” (ibíd.132).

Las corrientes literarias son una especie de canon latinoamericano apropiado para 1949. Su autor así nos lo advierte: “Las páginas que siguen no tienen la pretensión de ser una historia completa de la literatura hispanoamericana. Mi propósito ha sido seguir las corrientes relacionadas con la ‘busca de nuestra expresión’... Los nombres de poetas y escritores citados los escogí como ejemplos de esas corrientes...” (Henríquez U., op. cit.: 8). Y sorprende al lector con la amplitud de conocimientos, con la manera de historiar preguntándose por problemas, con la facilidad que solo puede ser producto del dominio de un amplio panorama, con el desprejuicio para escoger aquellos “poetas y escritores ejemplares”, seleccionando, en todos los periodos, a gran cantidad de mujeres, con el tino para establecer relaciones en permanente diálogo con otras literaturas y, no menos importante, con la elegancia y austeridad de la prosa. Este canon de Henríquez Ureña no habría sido posible sin la competencia que demuestra en materia de historia literaria hispanoamericana.³⁶

Ese “conocimiento de todo lo que razonablemente debe conocerse” es la base para la elaboración de un canon literario colombiano que tenga una significación latinoamericana. Para ello existe una tarea previa: elaborar una nueva historia de nuestra literatura. Quien repase las apretadas 200 páginas de *Las Corrientes Literarias en la América Hispánica* escritas hace más de medio siglo, comprenderá que no solo es posible, sino necesario y, además, como lo pidió el maestro dominicano, “urgente”.

³⁶ Llama la atención la abundancia de fuentes bibliográficas consultadas por Henríquez. Por ejemplo, en el caso colombiano, capítulo relacionado con historias literarias, a más de las conocidas de Vergara y Vergara, Gómez Restrepo, y Arango Ferrer, relaciona *Letras colombianas* (1944) de Baldomero Sanín Cano, *Colombia, breve reseña de su movimiento artístico e intelectual* (1929) de Daniel Samper Ortega y *La literatura colonial y la popular en Colombia* (1928) de Gustavo Otero Muñoz, esta última poco conocida en la actualidad.

Bibliografía

- Ayala Poveda, Fernando, *Manual de Literatura Colombiana*, Bogotá: Educar Editores, 1984.
- Berman, Marshal, *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, (5ª edición), Bogotá: SigloVeintiuno Editores, 1991.
- Bloom, Harold, *El canon occidental*, Barcelona: Anagrama, 1995.
- Bosi, Alfredo, *Literatura e Resistencia*, Sao Paulo: Companhia das Letras, 2002.
- Browitt, Jeffrey, Literatura nacional y el ocaso del discurso de la nación—estado en Centroamérica, en: *Istmo@acs.wooster.edu*. 2001.
- Caballero Calderón, Eduardo, Reflexiones y prospectos sobre la novela, en: *Ensayistas Colombianos del siglo XX*. Bogotá: Colcultura, 1976.
- Colmenares, Germán, *Convenciones contra la cultura*, Bogotá: Tercer Mundo, 1986.
- Colmenares, Germán, *Manuela*, novela de costumbres de Eugenio Díaz, en: *Manual de Literatura colombiana*, Bogotá: Planeta—Procultura, 1988.
- Colmenares, Germán, *Ensayos sobre historiografía*, Bogotá: Tercer Mundo, 1997.
- Collingwood, R., G. *Idea de la Historia*, México: F.C.E., 1986.
- Coutinho F., Eduardo, *Literatura Comparada en América Latina*, Cali: Univalle, 2002.
- Dilthey, Wilhelm, *El mundo histórico*, Obras, tomo VII. México: F.C.E., 1994.
- Escobar, Augusto, Lectura Crítica de las Historias Literarias Colombianas, en: *Poligramas* No 19. Cali: Univalle, 2003.
- Fajardo, Diógenes, La teoría de la verdad sospechosa, en: *Literatura –Teoría, Historia, Crítica*, Bogotá: U. Nacional, 2001.
- Febvre, Lucien, *Combats pour l'histoire*, Citado por Schaff, Adam, *Historia y Verdad*, p. 287, México: Grijalbo, 1974.
- Ferro, Roberto, *Onetti/La fundación imaginaria*, Buenos Aires: Alción. Presentación de Noé Jitrik en www.borris—mayer.net/onetti_jitrik.html. 2003.
- Filer, Malva E., La vorágine: Agonía y desaparición del héroe, en: *La Vorágine: Textos críticos*. Montserrat Ordóñez, Alianza Editorial, 1987.
- Galich, Franz, Prolegómenos para una Historia de las Literaturas Centroamericanas, en: *Istmo@acs.wooster.edu*. 2001.
- Goic, Cedomil, La vorágine, en: *La Vorágine: Textos críticos*, Op. cit. 1987.
- Gutiérrez Girardot, Rafael, *Aproximaciones*, Bogotá: Procultura, 1986.
- Gutiérrez Girardot, Rafael, *Horas de estudio*, Bogotá: Colcultura, 1976.
- Henao, Darío, Retos y perspectivas para una historiografía de la literatura Colombiana, en: *Poligramas*, op. cit. 2003.
- Henríquez Ureña, Pedro, *Las Corrientes Literarias en la América Hispánica*, México: F.C.E., 1949.
- Jaramillo, M. Mercedes, Osorio Betty y Robledo, Angela, *La nación moderna. Identidad*, Bogotá: Mincultura, 2000.
- Jiménez, David, Harold Bloom: la controversia sobre el Canon, en: *Literatura –Teoría, Historia, Crítica*. Bogotá: U. Nacional, 2001.
- Jitrik, Noé, *El ejemplo de la familia*, Buenos Aires: Eudeba, Capítulo reproducido en: www.literatura.org/Jitrik/njT2.html. 1997.

- *Clarín*. 2000.
- Taller Universidad Nacional, Transcripción en audio de las Intervenciones de Jitrik y de las sesiones de pregunta y respuesta. 2000.
- Kahler, Erich, *¿Qué es la historia?* México: F.C.E., 1986.
- Martínez, Fabio, *El viajero y la memoria*, Medellín: U.P. Bolivariana, 2000.
- Melo, Jorge O., *Historiografía Colombiana, Realidades y Perspectivas*, Medellín: 1996.
- Múnera, Alfonso, *El fracaso de la nación*, Bogotá: Áncora, 1996.
- Nieto Arteta, Luis E., *Economía y cultura en la historia de Colombia*, Bogotá: Ancora, 1983.
- Ordóñez, Montserrat, *La Vorágine: Textos críticos*. Bogotá: Alianza Editorial, 1984.
- Orjuela, Héctor, *Historia crítica de la literatura colombiana, Literatura colonial*, Tomo II. Bogotá: Ed. Kelly, 1992.
- *Historia crítica de la literatura colombiana*, Tomo I. Ed. Kelly, Bogotá, 2000.
- Rincón, Carlos, *Mapas y pliegues*, Bogotá: Colcultura, 1996.
- Sanín Cano, Baldomero, *De lo exótico*, en: *Ensayistas Colombianos del siglo XX*, op. cit. Bogotá: Colcultura, 1976.
- Téllez, Hernando, La novela en Latinoamérica, en: *Ensayistas Colombianos en el siglo XX*, op. cit. Bogotá: Colcultura, 1976.
- Tirado Mejía, Alvaro (ed.). Literatura y pensamiento, varios autores, en: *Nueva Historia de Colombia*, volumen VI. Planeta, Bogotá. 1988.
- Torre, Guillermo de, *Problemática de la Literatura*, Buenos Aires: Losada, 1950.
- Valencia Goelkel, Hernando, La mayoría de edad, en: *Ensayistas Colombianos en el siglo. XX*, op. cit. Bogotá: Colcultura, 1976.
- Vargas Llosa, Mario, *La verdad de las mentiras*, Buenos Aires: Alfaguara, 2003.
- Vigotsky, L.S., *Pensamiento y lenguaje*, Moscú: Ed. Pedagógica, 1982.
- Withman, Walt, Citado en *¿Qué es la literatura?* Barcelona: Salvat, 1973.

Germán Patiño

Escritor, ensayista, autor de los libros *Herr Simmonds y otras historias del Valle del Cauca* (Cali: 1989, Ediciones CUAO), *Hernando Tejada* (Publicación de Seguros Bolívar, Cali: 1994. O. P. Gráficas Ltda.), *Golondrinas en cielos rotos –Lenguaje y educación en las narrativas infantiles—* coautoría con María Victoria Londoño, (Alemania: 2001. Editorial Vervuert). Ha sido colaborador de las publicaciones *Metáfora*, *Boletín Cultural y Bibliográfico* del Banco de la República. Exgerente de Telepacífico, exdirector de Cultura de Cali, exgerente Cultural del Valle. Actualmente se desempeña como editorialista y columnista del periódico *El País* de Cali.

Recibido en: 20/03/04

Aprobado en: 23/04/04